

ZAQUEO.

(SU CONVERSION.)

*Zachae, festinans descende: quia hodie
in domo tua oportet me manere.*

Zaqueo, baja luego: porque conviene que
yo me hospede hoy en tu casa

(Luc. xix, 5.)

Todos tenemos necesidad de reformar nuestras costumbres, todos tenemos más o menos necesidad de convertirnos, y, sin embargo, ni nos reformamos, ni nos convertimos. Parece increíble que siendo nuestra vida tan corta, tan incierto el tiempo de la muerte, tan preciosos los instantes, tan raras las conversiones, tan frecuentes los ejemplos de los que mueren arrebatadamente, y tan terrible la idea de lo porvenir, nos formemos siempre frívolos pretextos para dilatar la mudanza de nuestra vida. En los demás peligros que la amenazan á ella, á nuestra honra, ó á nuestra fortuna, usamos de precauciones prontas y aceleradas, aún cuando sea dudoso el peligro; y en este asunto, en que el peligro es cierto y presente, las precauciones siempre son inciertas y distantes. Parece, ó que la salvacion es una cosa arbitraria, ó que nuestra vida está en nuestras manos, ó que se nos ha prometido el tiempo de la penitencia, ó que es pequeño mal el morir sin haberla hecho, pues vemos á los pecadores vivir tranquilos con la esperanza de que se convertirán algun dia, sin que nunca llegue el caso de poner en ejecucion este deseo: y lo que hay más incomprendible en la dilatacion de su penitencia, es el que todos convienen en la necesidad que tienen de convertirse, todos mirarian como la mayor de las desgracias el morir en el triste estado de sus conciencias, y, no obstante, dilatan la conversion con pueriles pretextos.

Hoy, hermanos míos, para estimularnos todos á reformar cuanto ántes nuestras costumbres, y á la conversion que Dios y la Iglesia esperan de nosotros, voy á ponerlos á la vista uno de los ejemplos más hermosos de conversion que nos presenta el Evangelio en la persona de Zaqueo. Nada más propio, hermanos míos, para ilustrar nuestro

espíritu, para mover nuestros corazones, que esta conversion. Antes de explicarla, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los publicanos, entre los judíos, eran los colectores de los impuestos públicos; el pueblo los apellidaba ladrones, á causa de su irritante injusticia, de sus usuras, de sus extorsiones. En la época de que hablamos, en la ciudad de Jericó, el principal ó jefe de esta raza detestada por el pueblo, era llamado Zaqueo, cuya mala vida é infamia, por consiguiente, segun el Evangelista, se hallaba á la altura de su riqueza: *Peccator* (Luc. xix, 2) *et ipse dives* (Luc. xix, 7). El amor al oro y á las riquezas, hermanos míos, es la más poderosa y la más funesta de nuestras pasiones. Es la primera pasion que se desarrolla en el corazon del hombre, y la última que le abandona; permanece aún bajo los hielos de la vejez, y no le abandona ni aún á la aproximacion de la muerte. Yo he conocido á uno de esos ricos que, hallándose al punto de morir, exclamaba: ¡Cómo, con tantas riquezas he de morir! nó, no moriré. San Pablo llama el amor al oro, á la avaricia, una especie de idolatría.

¿Deseais saber, pues, hermanos míos, por qué al trazar la historia de la conversion de Zaqueo, ha comenzado el Evangelista por representarnosle con tan odiosos colores? Para que todos nosotros, al observar la facilidad con que este hombre, que no vivia más que de la injusticia y del fraude, llegó á alcanzar la gracia, nadie desespere de participar de la misma felicidad, sea cual fuere la antigüedad de sus malas costumbres, la tenacidad de sus vicios, la miseria de su alma.

Y no obstante, habia algo bueno, hermanos míos, en este usurero. La pasion por el oro no habia extinguido en él completamente el sentimiento religioso. Aunque absorbido en parte por el cuidado de aumentar sus riquezas, no habia olvidado del todo su alma; la prueba de ello es, que desde largo tiempo anhelaba ver á Jesucristo, conocerle, y saber si era el Mesías, dispuesto á creer en él para salvarse por mediacion de él; *Quærebat videre Jesum, quis esset*. Este deseo tan puro, tan sincero, tan desinteresado, no podia dejar de dar resultado cerca del Señor de bondad, de quien el Profeta ha dicho: Dios es bueno para el alma que lo busca. ¡Ah, hermanos míos! el Dios de bondad no se oculta, no se hace inaccesible é impenetrable sino á los falsos sábios, cuyo espíritu no es otra cosa que vanidad, cuyo corazon no es más que lodo; á los falsos sábios, que nada tienen de grandes sino el orgullo, nada de profundo sino la ignorancia, nada de cierto sino la duda, nada de real sino la hipocresía, nada de sorprendente

sinó el absurdo, ni de verdadero más que el remordimiento y la desesperacion; á los falsos sábios, que no buscan á Dios más que para blasfemar de él, que no discuten acerca de sus atributos sinó para combatirle. Para éstos, ciertamente, Dios es inaccesible; pero en cuanto á los pequeñuelos, segun el mundo, y que son los verdaderos grandes en presencia de Dios, es decir, en cuanto á las almas humildes, sinceras, piadosas, dóciles, que buscan á Dios para servirle y adorarle, el Dios de bondad se revela por sí mismo á esas almas, y sale á su encuentro, como una tierna madre pone su felicidad y su alegría en llamar á su hijo hácia ella, y le tiende los brazos para llenarle de caricias y oprimirle contra su corazón. *Quasi mater honorificata.*

Zaqueo, pues, no quiere dejar de ver al Señor; pero como era de muy pequeña estatura, dice el Evangelista, el gentio ocultaba siempre á su mirada la adorable figura del Salvador del mundo: *Et non poterat præ turba quia statura pusillus erat.* ¡Oh gentio importuno, que impides á este hombre valeroso que vea á su Salvador! Retírate por un instante, no te opongas á ese deseo sincero, haz lugar á la humilde súplica, haz lugar á la buena fe, únicas que merecen acercarse al Señor, verle, conocerle y poseerle. Mas, ¿qué digo? La multitud que impedia á Zaqueo que viese al Señor, no era tanto la muchedumbre de los hombres, como la muchedumbre de sus vicios. No se puede, hermanos míos, en medio de la atmósfera sofocante del mundo, no se puede ver á Jesucristo; es decir, no se puede conocer la importancia, la verdad, la grandeza de la religion, el encanto y el mérito de la gracia. Hay que salir de la multitud, á ejemplo de Zaqueo. Zaqueo, que abandona la multitud, es Zaqueo que empieza á desembarazarse ya de sus vicios y á ponerse en estado de ver á Jesucristo.

Desear es amar; y cuando el amor es sincero y grande, se hace diligente, se hace eficaz. ¿Qué hace, pues, Zaqueo para conseguir su objeto? Una muchedumbre de niños cantando el *hosanna* del hijo de David, precedian siempre al Salvador. Este coro de ángeles terrestres era muy digno, hermanos míos, de preceder y regocijar al Señor; la inocencia es la más bella corte de la divinidad. Advertido por este alegre coro de la direccion que llevaba el Señor, se adelanta corriendo Zaqueo y trepa esforzadamente sobre un cabrahigo ó higuera silvestre, árbol que se encontraba en el camino. Permaneciendo allí inmóvil, buscaba con los ojos al Señor: ¡ah! debe pasar por aquí, hoy lo veré, hoy no se me escapará, y podré contemplarlo á mi sabor. *Et præcurrens, ascendit in arborem sycomorum ut videret Dominum: quia inde erat transiturus.* Con efecto, le distingue en medio de la

multitud. ¡Ah! es él, se decia, no puede ser otro que él, el Mesías, el Salvador del mundo! ¡Ah! ¡qué hermoso, qué sublime! ¡Qué majestad en su frente! ¡Cuánta luz en sus ojos, cuánta piedad en su mirada, qué tranquilidad en su figura, cuánta gracia se desprende de sus labios, cuánta dignidad, cuánto esplendor rodea su persona! Fuera de sí mismo, en un éxtasis de arrobamiento, no se saciaba de mirarle. ¡Y qué no hubiera dado, hermanos míos, por obtener una sola de sus divinas miradas, por escuchar una sola de sus palabras! ¡Dichoso Zaqueo, que vas á tener una y otra felicidad! Porque habiéndose detenido el Señor al pié del árbol, al que se había subido Zaqueo, y alzando los ojos, le vió: *Suspiciens Jesus videt illum.* Y los ojos de la misericordia y de la miseria, los ojos del médico y los del hombre, los ojos, en fin, de Zaqueo y de Jesucristo, se encuentran así bien como sus corazones. Jesús ha mirado á Zaqueo; ¡oh afortunado Zaqueo! Jesús te ha mirado, te ha salvado, porque Jesús que mira es Jesús que perdona, es Jesús que concede la gracia, es Jesús que llama á la vida, es Jesús que concede la salvacion. Pero el divino Salvador no se contenta en mirar á Zaqueo con afecto, con el acento más amable y llamándole por su nombre; Zaqueo, le dice, baja luego, baja de ese árbol; porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa: *Zachæ, festinans descende: quia hodie in domo tua oportet me munere.*

Imposible de explicar, más imposible todavía de darse cuenta del tumulto de sentimientos que hizo nacer esta expresion, que descendió al alma de Zaqueo como un delicioso bálsamo. Era la confusion y el reconocimiento, era el temor y el amor. ¡Cómo, se decia, me ha llamado por mi nombre, como si fuera el más fiel de sus discípulos; ¡es esto posible! ¡Quiere venir á habitar conmigo, á hospedarse en mi casa, á la casa de un pecador tan grande, á una casa teatro de tantas injusticias, de tantas obras de abominacion! ¡Oh! yo no soy digno de ello, yo le diré lo que le ha dicho el Centurion; yo le diré: Señor, yo te daré cuanto quieras, pero no vengas á mi casa, porque yo no soy digno de que habites bajo de mi techo. Pero si él quiere venir, con su gracia hará que mi casa no sea enteramente indigna de él; la divinidad trae consigo las tapicerías, los adornos con que deben estar adornadas las almas donde se digna habitar. Así diciendo, baja á toda priesa del árbol, vuela, corre á su casa, y va á dar las órdenes para que el Señor sea recibido con todos los honores posibles; despues, regresando, vuelve al encuentro del Salvador, le acompaña á su casa y le recibe, dice el Evangelio, con demostraciones de la mayor humildad, del mayor respeto y de la mayor alegría: *Et festinans descendit, et recepit illum gaudens.* ¿Qué es lo que pasa en esa casa? Vamos

á verlo; pero ántes conviene explicar el hermoso y tierno misterio que se halla encerrado en las circunstancias de la narracion que acabais de oír.

No hay en todo el Evangelio ni una palabra supérflua, ni circunstancia alguna indiferente. En el libro divino, todas las palabras tienen suma importancia, todas las circunstancias encierran un misterio. No sin razon, pues, dicen los Padres de la Iglesia, nos ha transmitido el Evangelista esos detalles de la ascension de Zaqueo al árbol, y nos ha conservado el nombre mismo del árbol, diciéndonos que era un sicomoro: *Ascendit in arborem sycomorum*. El sicomoro de los orientales, era el cabrahigo ó higuera silvestre, *ficus fatua* de los latinos. Y la santa Escritura nos atestigua que con hojas entrelazadas de una planta de esta especie, es con las que ruborizados Adán y Eva de su desnudez, formaron sus ceñidores. ¡Oh! ¡cuán bello es este misterio, cuán tierno! Al mismo árbol recurrió Adán para cubrir la desnudez de su cuerpo, al mismo viene Zaqueo también para cubrir la desnudez de su alma. Pero ¿cómo ha cubierto Zaqueo la desnudez de su alma al subir al cabrahigo? Escuchad; en primer lugar, es por antífrasis el que el sicomoro se llama la higuera loca, *ficus fatua*, puesto que produce su flor y su fruto en la misma noche, y por este medio pone uno y otro al abrigo de las intemperies de la estación. ¿Quién no vé, pues, en esto, dicen los apóstoles, la figura muy expresiva de la augusta cruz de nuestro divino Salvador, de esa cruz de quien ha dicho San Pablo que es un árbol loco? Sí, es un árbol de locura para el orgullo de los filósofos y de los gentiles, mientras que para el cristianismo es la obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios.

En segundo lugar, aún siendo llamado higuera *fatua*, no por eso deja de producir un sabrosísimo fruto; y aún por esto, dice el venerable Beda, es la verdadera imagen de la cruz que, rechazada, puesta en ridículo por la incredulidad, no por eso alimenta ménos las almas de los fieles, no los alegra ménos con las inefables dulzuras de sus misterios y de sus gracias. Si el cabrahigo, pues, según estas doctrinas, es figura de la cruz, Zaqueo, que abraza el cabrahigo, que se apoya en él, es Zaqueo que abraza la cruz en figura, la cruz en profecía, y, por consiguiente, es Zaqueo que de antemano participa de todos los méritos, de todas las gracias, de todas las virtudes de la cruz. Así es como cubre la desnudez de su alma. Zaqueo, pues, que no puede ver á Jesucristo, á ménos de subir al cabrahigo, nos dice que, no en los liceos, ni en los pórticos, sino en el Calvario; que, no al rededor de las cátedras de los filósofos, sino al rededor de la cátedra

del Hijo de Dios enseñando al mundo; que, no al pié del árbol de la ciencia humana, que si no es error, vanidad y nada, es incompleta, incierta, fria y estéril; sino en el árbol de la vida, al pié de la cruz, es donde puede aprenderse todo lo que se necesita saber para conocer á Dios, al alma y la salvacion. Zaqueo era de muy pequeña estatura; subiendo al árbol se hizo grande; subiendo al árbol domina el gentío; y por el mismo hecho nos enseña, que el cristiano que abraza la cruz, que se mantiene unido á la cruz, se eleva sobre la tierra, se eleva sobre sí mismo, y puede tener á sus piés al mundo, sin temor á sus sarcasmos, ni á sus complacencias; sus elogios y sus persecuciones, sus deleites y sus amenazas, le son de todo punto indiferentes. El cristiano que se eleva sobre sí mismo, es el que establece también en sí mismo esas misteriosas ascensiones de que habla el Profeta, por medio de las cuales, subiendo, subiendo siempre, llega hasta el cielo (PSALM. LXXXIII, 6).

En fin, Zaqueo tranquilo, dichoso sobre el árbol, ya no se ocupa de los pecados de su vida, sus pecados no le turban; con lo cual nos enseña, hermanos míos, que por extraordinario que sea el número de nuestras faltas, si nos unimos á la cruz por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad, y por la práctica de los sacramentos, participamos de la virtud de este árbol divino, y nada tendremos que temer por los pecados que hubiéremos cometido. Este misterio de esperanza y de perdon, ha sido anunciado al mundo desde su origen; porque no hay que creer, dice Orígenes, que fuese por efecto de un aturdimiento, sin darse cuenta de lo que hacia, bajo la impresion de la imaginacion destrozada por el temor, por lo que Adán, espantado al escuchar la voz de Dios que le llamaba, fué con su compañera á ocultarse detrás de la higuera. No; sino que fué por instinto profético por lo que Adán, cabeza del género humano, anunciaba por este acto desde entónces á toda la posteridad, que no hay más que un solo lugar de asilo, un solo lugar de refugio para los pecadores; la cruz. ¡Cuánto reanima esta idea al alma del pecador! Somos pecadores, hemos provocado la justicia de Dios. Pues bien, si participamos de los méritos de la cruz por la penitencia, ya nada hay que temer de esa justicia divina que tanto hemos irritado. ¡Justicia divina, justicia eterna! no os temo desde que abrazo estrechamente la cruz de mi Salvador. Escudado de esta cruz, no podrán herirme vuestros golpes, y nada podeis ya contra mí; mi Salvador me asegura de ello por su Profeta; detrás de la cruz de mi Salvador, encuentro el escudo contra los golpes de la cólera celestial: *Scuto circumdabit te veritas ejus*. Al ocultarme tras de las desgarradas espaldas de mi divino Sal-

vador, nada temo, porque encuentro proteccion: *Scapulis suis obumbrabit tibi* (PSALM. xc. 4, 5). Habiendo extendido sus brazos sobre la cruz, ha hecho de las ramas de este árbol como alas de su misericordia. Pues bien, yo me amparo bajo la sombra de esas alas, y entonces nada tengo que temer, y to lo lo tengo que esperar: *Et sub pennis ejus sperabis*. Hermanos míos, reunámonos todos al pié de esta cruz, para que todos podamos ser amparados por ella como la niña de los ojos, con el fin de que estemos en seguridad, en paz, debajo de las alas de su proteccion y de su amor: *Sub umbra alarum tuarum* (PSALM. xvi. 8).

Entre tanto, Jesucristo se halla en camino de la casa de Zaqueo. Los apóstoles, sus amigos, le dicen en voz baja: ¿qué vais á hacer, pues? ¿á dón le vais? ¿vais á entrar en la casa de ese hombre? ¿no sabeis quién es ese Zaqueo? Es un usurero, un avaro cruel, que ha engordado con la sangre del pobre; es un miserable, el objeto del ódio y del desprecio del pueblo; vais á comprometer vuestra persona y vuestra reputacion. Jesucristo nada les responde: *Et murmurabant omnes, dicentes quod ad hominem peccatorem divertisset*. Mas, ¡oh ciegos apóstoles, oh amigos estúpidos! ¡Cómo! ¡Zaqueo es un pecador! Enhorabuena; y ¿es esta una razon bastante para que Jesucristo no entre en su casa? ¿Acaso el médico, dice San Pedro Crisólogo, no ha de ir á buscar ó visitar al enfermo para curar sus llagas? ¿No ha de ir el pastor á buscar á la oveja que se ha extraviado para conducirla de nuevo al redil? ¿Acaso la madre no ha de arrojarle al hijo que acaba de caer para levantarlo? ¡Cómo, pues, acusais vosotros á Jesucristo de ir á casa de Zaqueo para convertirle, para salvarle! ¡Zaqueo pecador! Lo era, en efecto, hace un instante; al presente ya no lo es. Vais á ver, vais á ver cuán grande es el alma que Zaqueo abriga en su pequeño cuerpo.

Con efecto, apenas se ha sentado el Señor en casa de Zaqueo, cuando este hombre generoso se le presenta, y con aire de humildad y de confianza á un mismo tiempo, le dice: Señor, comprendo el objeto de vuestra visita; sé muy bien que no habeis venido á mi casa por asistir á mi mesa, sino para salvar mi alma; sé muy bien que no apetecéis mis manjares, sino que yo deponga mis vicios. Nada me habeis dicho de esto, Señor, aún no se ha dejado oír vuestra palabra en mis oídos; pero vuestro corazón ha hablado al mío, y mi corazón ha comprendido el vuestro. Pues bien, aquí me teneis á vuestra disposicion; me rindo, obedezco. Desde ahora, voy á distribuir mi fortuna en dos partes; la primera será destinada á la justicia, la segunda, á la caridad. Daré la mitad de mis bienes á los pobres, y la otra mitad la em-

plearé en reparar las injusticias que he cometido; volveré cuatro veces más de lo que he robado.

2. ¡Oh, cuán hermosa conversion! hermanos míos; observad, en primer lugar, nos dice Teofilacto, observad, en primer lugar, que Zaqueo al decir: me hallo dispuesto á reparar todas las injusticias que he cometido, daré cuatro veces más que he robado, él mismo se confiesa ladrón, se confiesa él mismo en público, él mismo se juzga, él mismo se condena. Observad tambien que al decir: doy la mitad de mis bienes á los pobres, y la otra mitad para reparar las injusticias, nada se reserva y se despoja de todo. Observad, en fin, que en materia de restitution, todo lo que no se hace en el mismo dia de la conversion, no se hace jamás. Así que Zaqueo no dice: distribuiré mis bienes; no dice: haré; dice: hago; dice: distribuyo; dice: entrego; no hace promesas, cumple. Ved, pues, una hermosa conversion; conversion humilde, conversion generosa, conversion sincera y eficaz. Ese es el hermoso carácter, las bellas condiciones de una verdadera y sincera conversion. El Evangelio, hermanos míos, es un libro en que las doctrinas siempre se ven confirmadas y realizadas por los hechos. Así que, Jesucristo, habia dicho otra vez: es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja, que al rico entrar en el reino de los cielos; pero añadió luego á esta expresion desesperadora para el rico, añadió una expresion de consuelo: pero lo que es imposible al hombre entregado á sí mismo, es posible al hombre asistido por la gracia de Dios. La historia de Zaqueo no es, hermanos míos, más que la realidad de esa doctrina del Salvador. Así el venerable Beda, ha dicho: veis ese camello que se adelgaza y comienza ya á pasar por el ojo de una aguja; sus jorobas no le impiden entrar por ese ojo tan pequeño; mirad ese rico que, auxiliado por la gracia de Dios, entra en el estrecho santuario, y pasa por la puerta angosta que conduce á la vida eterna. ¡Qué gloria para Jesucristo! ¡Qué confusion para sus enemigos! No habia hablado, no habia hecho largos discursos; por un secreto rasgo de su gracia, por la unción secreta de su gracia sobre el corazón de Zaqueo, cambió á ese mónstruo de codicia en hombre, al hombre en ángel, al gran pecador en santo. Acordaos tambien de esto. Jesucristo habia dicho en otra ocasion á los apóstoles: el alimento en cuanto á mí, es hacer la voluntad de mi Padre y cumplir su obra, la conversion. Este es el alimento delicioso al corazón de Jesucristo, este es el único alimento agradable á un huésped que es Dios, este alimento es el que Zaqueo sirvió en su casa al Señor con la mayor esplendidez, con la mayor generosidad, ofreciéndole todas las virtudes de un alma sinceramente convertida; le ofreció la viveza

de la fe, el fervor de la piedad, la humildad de la oracion, el valor de la abnegacion, la victoria del respeto humano, y la expansion de la caridad. ¡Oh hermoso dia el que pasó Jesucristo en casa de Zaqueo! ¡oh qué hermoso banquete el que Zaqueo le sirvió! ¡Cuán saciado quedó el corazon de Jesucristo! Su espíritu se llenó de alegría. En efecto, oid exclamar al divino Salvador en el exceso de felicidad que experimenta al ver convertido á Zaqueo, escuchadle cómo exclama: Ciertamente que el dia de hoy ha sido dia de salvacion para esta casa; bienaventurado el jefe de esta casa, porque aunque pagano y gentil, y por consiguiente extranjero en la raza de Abraham, ha venido á convertirse en hijo de Abraham por medio de la fe y de la caridad: y yo he tenido ocasion de cumplir un acto de mi mision, porque yo no he venido sinó para salvar las almas extraviadas que marchan por el sendero de la perdicion: *Hodie salus domui huic facta est.*

Hay una pequeña dificultad: ¿cómo comprenderemos esas palabras tan decisivas del Señor, diciendo á Zaqueo: Conviene que yo me hospede hoy en tu casa, cuando sabemos que Jesucristo no pasó más que algunas horas en casa de Zaqueo? Por estas palabras, quiso dar á entender el Hijo de Dios, no á la casa material de Zaqueo, donde Jesucristo se encontró con su cuerpo, sinó á la casa espiritual del alma de Zaqueo, donde Jesucristo queria ir por medio de su gracia. Y en este sentido, Jesucristo permaneció siempre en la casa de Zaqueo, porque apenas se retiró Jesucristo de ella, apenas Zaqueo arregló sus negocios é hizo la distribucion de sus bienes como habia prometido, apenas vendió sus bienes para satisfacer á la justicia, á la caridad, cuando va á reunirse al Señor en la Judea, sigue sus pasos, y llega á ser uno de los setenta y dos discípulos del Señor; y San Clemente, Papa, discípulo y apóstol de San Pedro, nos atestigua que Zaqueo, despues de la Ascension, se unió al príncipe de los apóstoles, que le ordenó en primer lugar de sacerdote, y despues como primer obispo de la ciudad de Cesarea en Palestina, donde vivió como santo en el ejercicio del apostolado más laborioso y más fecundo. Por consiguiente, Zaqueo vió cumplirse en sí mismo la palabra del Señor, que subsistió siempre en su alma por medio de su gracia: *In domo tua oportet me manere.*

De esta misma suerte, hermanos míos, es cómo Jesucristo quiere venir á hospedarse en nuestra casa; á nosotros tambien es á quienes dice hoy por órgano de la Iglesia: *festinans descende.* ¡Oh desdichado Zaqueo, tan adherido al mundo, á sus bienes y á sus pasiones! baja luego de las peligrosas alturas del orgullo, donde se desvanece el entendimiento y donde hay riesgo de ar lamentables caídas; baja luego al valle de la humildad, descendiendo á las bajas regiones de la pe-

nitencia cristiana, á donde se encuentran la gracia y la felicidad; baja luego, hoy, en este mismo instante, no lo difieras para mañana; el mañana no está en tu mano. Dios, que ha prometido el perdon al arrepentimiento, no ha prometido largos años á la obstinacion. No aplaces, pues, indefinidamente tu regreso al Señor; una muerte repentina, puede impedirte cumplirla hoy: *Hodie, hodie in domo tua oportet me manere.* Considerad bien esta expresion, hermanos míos, considerad la palabra *oportet*; es preciso que Jesucristo venga á hospedarse en nuestra casa, porque es una necesidad para su corazon divino derramar en nuestros corazones la abundancia de sus gracias y su misericordia. *Oportet*, es preciso, porque no hay gracia, no hay luz, no hay tranquilidad, no hay felicidad, no hay salud, sinó con la condicion de que el alma esté en Dios y con Dios, y Dios en ella y con ella. Es preciso, porque desdichada el alma de que Dios se ha separado; es una alma vacía de Dios, viuda de Dios, aislada de Dios, y nada es más horrible que esa soledad, ese vacío del alma, durante la vida y despues de la muerte.

Comencemos, pues, á imitacion de Zaqueo, por el deseo de conocer y ver á Jesucristo, es decir, comencemos por decidir nuestro regreso al Señor, á venir, por medio de la oracion, en ayuda de nuestra debilidad y de la inconstancia de nuestra voluntad. Luego es preciso que adornemos esta casa del corazon, por el diligente exámen de las faltas de nuestra pasada vida. Luego es preciso desembarazar esta misma casa de los ídolos que se adoran en ella; es preciso desembarazarla de todas las iniquidades y de todas las pasiones que la tienen llena de escombros, que están adheridos á ella desde hace largos años, y esto se verifica por la humilde confesion de nuestras faltas. Luego es preciso lavar tambien esta casa; esto se hace con las lágrimas del arrepentimiento, con las lágrimas de la contricion y del amor. Hay tambien que adornarla con el oro de la caridad, poner en su arreglo el órden de la justicia; y pues que Jesucristo es la flor nazarena que ama las flores, es preciso tambien que encuentre flores agradables á su corazon; es preciso que ofrezcáis en vuestra alma á este huésped divino, la violeta de la humildad, la rosa del amor. Así vendrá á hospedarse á nuestra casa, y permanecerá siempre en ella; y nuestros amigos, nuestras familias, la Iglesia, los fieles, el mismo Dios, nos aplaudirán diciendo, que ciertamente ha sido el dia de hoy dia de salvacion para nuestra alma. Permanecerá siempre en nosotros y con nosotros; y en galardón de haberle hospedado en la casa de nuestro corazon en el tiempo, él nos hospedará á su vez en la casa de su paraíso por toda la eternidad. Así sea.